

La cultura del silencio

POR

VERÓNICA VILLASEVIL LOMA*

Así, pues, ¿qué es imposible pensar y de qué imposibilidad se trata?
Michel Foucault, *Les mots et les choses, une archéologie des sciences humaines*, 1966.

La comunicación humana ha sido uno de los temas que más interés, polémica y reflexión ha despertado entre múltiples investigadores de diferentes ciencias y disciplinas. Jean-Jacques Rousseau pensaba que el desarrollo del ser humano para alcanzar el estatus de “ser social” pasa por un desarrollo lingüístico que culmina con el nacimiento de la palabra. Igualmente Darwin consideraba que el desarrollo del lenguaje era esencial como parte de la evolución humana y necesario para alcanzar el entendimiento y la lógica. A partir de la década de 1960, con el *boom* de los estudios cognitivos, han sido numerosas las investigaciones llevadas a cabo por expertos de diferentes disciplinas que han tenido como centro la lingüística y la trascendencia de esta para explicar y comprender el comportamiento humano: Goodenough y el desarrollo de la lexicalización, Bruner con sus estudios sobre educación y sobre comprensión de la yoidad en el niño o, incluso, los esquemas sobre el lenguaje planteados por Hockett. Pero en la incesante búsqueda por intentar comprender y explicar la comunicación humana ha primado el lenguaje oral, hasta el punto de considerarlo universal, obviando que está asociado, al menos, a uno de nuestros sentidos, el oído, el cual podemos perder o no tener, circunstancia que, en cualquier caso, no nos privaría de la comunicación con los demás.

Human communication has always been a topic that arouses great interest, controversy and reflection among many researchers of different sciences and disciplines. Jean-Jacques Rousseau thought that the development of the human being to reach the status of “social being” meant carrying out a linguistic development that ends with the birth of the word. Likewise, Darwin considered that the development of the language was essential as part of the human evolution, and necessary to reach understanding and logic. From the 1960s onwards, with the boom of cognitive studies, many different research studies have been conducted by experts from different disciplines which have centred on linguistics and their transcendence in the explanation and understanding of human behaviour: Goodenough and the development of lexicalisation, Bruner with his studies on education and on comprehension of the self-centredness in children or, even, the design features on language set out by Hockett. But in the incessant search to try to understand and explain human communication, oral language always took precedence, to the extent that it was considered universal, forgetting that it is associated, at least, with one of our senses, hearing, which we may lose or not have, a circumstance which, in any case, would deprive us of communicating with others.

PREÁMBULO

Existen varios factores por los que considero interesante, útil y factible elaborar un proyecto de investigación en torno a la *comunidad sorda*, y estos determinan el propio objeto de la investigación.

* veronicavillasevil@gmail.com

El primero de ellos es, ante todo, personal. Toda investigación parte de un condicionante puramente personal, una inquietud, un desasosiego, una necesidad subjetiva y personal que lleva al investigador a iniciar el trabajo etnográfico. En mi caso, quizá excesivamente personal, tanto que llegué a cuestionarme hasta qué punto estaba implicada en la investigación y si esto hacía posible alcanzar el objeto de la misma con el distanciamiento necesario para obtener resultados. Decidí, en cualquier caso, que esa es la pregunta que siempre va a perseguir al investigador y que no podía dejar de intentarlo. Si bien a lo largo de la investigación tomé conciencia de que lo que yo consideraba “pertenencia a un grupo” no era tal, y que, aunque en inicio yo estaba convencida de mi clara pertenencia a un grupo cultural, esto no era exactamente así. Puede que esa sensación sea lo que algunos llaman *el extrañamiento del investigador*.

Considero por ello que debería aclarar desde el comienzo cuáles son esas condiciones personales para que todo lo posterior pueda ser comprensible, ya que en la investigación social se debe esclarecer cuál es la definición del propio investigador (qué es lo que pudiera limitar su objetividad, cuál es su utillaje mental...) para que se pueda saber casi con certeza por qué ha llegado a esas conclusiones.

En primer lugar nunca he poseído una conciencia clara que me estableciera una “frontera cultural” entre las personas sordas y las que no lo eran. Para mí esa supuesta frontera cultural no existía, simplemente tratar con personas sordas en mi infancia era igual de natural que hacerlo con personas oyentes, no encontraba diferencias de ninguna clase, ni tan siquiera idiomáticas, puesto que, al ser el *lenguaje de signos* el idioma que se me había transmitido por vía materna, expresarme en él era tan natural como hacerlo en *lenguaje oral*. Adquirí la estructura del lenguaje oral tanto por vía materna como por vía paterna, puesto que el hecho de que mi madre sea hipoacúsica hizo que su comunicación con nosotros fuera oral mientras que nosotros con ella usábamos lengua de signos.

Durante la niñez temprana (desde el primer al tercer año), debido a que el contacto cultural se limita escasamente a una comunidad de sentido primaria (centrada en parientes nucleares y afines), no existen aún factores externos que cuestionen una determinada realidad. Es quizás en la niñez tardía (del tercer al décimo año) cuando tomé conciencia no solo de los distintos sistemas existentes sino, en concreto, de la peculiaridad del mío. En el momento, coincidente con el inicio escolar, en el que se produjo la apertura a nuevas comunidades de sentido no solo se me presentó un abanico de diversos sistemas familiares, sino también de realidades, al igual que les ocurrió a mis compañeros; y el hecho de que el medio con el que me comunicaba con mi madre fuese distinto al de los demás, al ser una diferencia estructural, despertaba mayor curiosidad que cualquier otro aspecto. Por explicarlo de una manera más gráfica, en mi clase de Primero de EGB llamaban la atención tres personas por su situación: una niña hija de una madre soltera (diferencias de parentesco), la única niña que iba a clase de ética (diferencias ideológicas) y yo por tener una madre *sorda* (diferencias

lingüísticas). Es, por tanto, en el momento de acceso a otras comunidades de sentido cuando fui consciente de que poseía una serie de herramientas mentales distintas.

A lo largo de mi vida la pregunta a la que me he tenido que enfrentar más veces es cómo me comunico con mi madre (y la de cómo habla mi madre, ya que la mayoría de las personas asocian que una persona sorda es una persona muda). La etapa escolar me acostumbró a estas respuestas, pero con ella no acabaron las preguntas. El desconocimiento social en España sobre la situación de las personas sordas no se da solo en los niños, sino que la mayor parte de la población mantiene un conocimiento escaso y general, lo que hace imposible confiar en que la sociedad vea a este sector de la población como una *comunidad cultural*, a pesar de que la lengua de signos española (LSE) esté considerada como lengua oficial del Estado y que cada vez sean más numerosos los estudios que no solo se centran en el tratamiento de la persona sorda como un minusválido relegado al plano médico, sino que además tienen en cuenta sus particularidades culturales.

El hecho de haber pasado la vida contestando a preguntas que a mi entender eran obvias (puesto que yo creía que partía de un grupo cultural concreto) fue el condicionamiento personal que me llevó a iniciar este proyecto, como si de una gran respuesta y explicación ampliada se tratara. Por supuesto, la relación con mi madre (y mi familia materna), y sus normas y comportamientos tienen algo que ver, pero tampoco fueron el contrapunto que me decidió a proceder a la investigación.

Como miembro de un sistema familiar mixto, formado al 50% por un sector oyente (mi padre y mis familiares paternos) y por un sector sordo hipoacúsico (mi madre y mis familiares maternos), he convivido con prácticas, comportamientos, actitudes..., es decir, con conductas culturales dispares procedentes de ambas *comunidades*. Esto me ha convertido en una mestiza, una quinqui, una mulata..., una persona que, al proceder de dos culturas, tiene un significado y un significante muy concreto para ambas. Asimismo, soy producto de una estructura cultural híbrida específica que, en lo relativo a los distintos actores culturales, entre otras cosas, poseo miedos muy concretos.

El mayor miedo que posee una persona que se ha criado en este entorno, principalmente oyente, es convertirse en *sordo*. Al haber estado en contacto con las circunstancias de la vida de una persona sorda, el miedo a la pérdida auditiva es mucho mayor que el de un oyente perteneciente a un ámbito de oyentes. Sabes que existe una realidad que tiene una serie de características y has vivido casi en primera persona los límites físicos y sociales que se pueden padecer. Y no solo por lo que ves, sino también porque la persona sorda te hace partícipe de su situación cuando realiza comparaciones y suposiciones que te llevan a recrear en primera persona su realidad. Esto, al margen de que deba ser considerado una actitud victimista o manipuladora por parte de las personas sordas, debe comprenderse desde un punto de vista meramente comunicativo: todos a la hora de expresarnos tenemos como objeto de comunicación que la otra

persona comprenda un mensaje y para ello es preciso despertar en el destinatario la empatía necesaria. Cuando una persona sorda nos dice “si tú estuvieses sordo”, no existe una intención de manipularnos o de insistir en su minusvalía: es una forma de incluirnos en su esfera cultural que tiene como nexo común la pérdida auditiva.

Como decía, el motivo personal que me impulsó a una serie de situaciones que favorecieron la investigación fue mi paulatina pérdida auditiva. En un entorno en el que la *sordera* congénita es parte del núcleo vital del grupo, la audiometría pasa de ser una mera prueba médica a un rito de paso que indica si vas a pasar a formar parte de “los otros” y que establece a qué grupo vas a pertenecer. Cuando los resultados de la audiometría indicaron una pérdida auditiva paulatina y constante, que podría derivar en hipoacusia, hizo presencia la negación y el aferrarse al *grupo de origen*. Después llegó la xenofilia, y la pretensión de formar parte integral del grupo que en inicio era ajeno. Finalmente, el esperado policentrismo, permaneciendo en un equilibrio relativo. Es el mismo proceso que conlleva una investigación etnográfica.

Todas estos factores son de carácter personal, como ya he dicho, pero también imposibles de desligar de una situación y una realidad social actual que atañe a personas de todo el mundo. Hasta octubre del año 2007 no se aprueba en el pleno del Senado la *Ley 27/2007, de 23 de octubre, por la que se reconocen las lenguas de signos españolas...* como lenguas oficiales dentro del territorio nacional. Según la Federación Mundial de Sordos, existen aproximadamente setenta millones de personas con deficiencias auditivas en el mundo. Setenta millones de personas a las que por inercia se las considera pertenecientes o integradas en lo que podríamos denominar *un grupo anfitrión*, en su mal denominada *cultura de origen*, en su nación..., pero son setenta millones de personas con un sistema de comunicación propio y, por tanto, con una percepción e interpretación de la realidad distinta. Según Foucault, el lenguaje es, de una u otra forma, “el lugar de las revelaciones y sigue siendo parte del espacio en el que la verdad se manifiesta y se enuncia a la vez”, verdad manifiesta que es nuestra propia representación de la realidad. Aunque las administraciones públicas están tomando las medidas necesarias para conseguir un ambiente multicultural y de integración, esa situación no será efectiva como tal si no es el espectro social el que, finalmente, tome conciencia de ello, y uno de los medios adecuados para este fin es la potenciación de estudios sociales que, desde el ámbito educativo, den a conocer un campo aún tan inexplorado como la *comunidad sorda*.

Pero a la *comunidad sorda* se la sigue teniendo en cuenta desde un punto de vista paternalista y conmisericordioso, casi imposible de desligar del plano médico. Aunque, cada vez más, la referencia a la *comunidad sorda* se hace en términos más culturales que médicos o fisiológicos, sobre todo desde el plano administrativo o burocrático. De forma individual, la sordera (y, por tanto, aquellos afectados por ella) sigue estando condicionada por unas pautas sociales muy concretas.

El sordo profundo sigue siendo visto como “sordomudo” llegándose a relacionar sus diferencias con características más propias de problemas psicológicos que de cuestiones culturales. Asimismo, la hipoacusia sigue siendo motivo de broma e indiferencia en la mayor parte de los grupos sociales. Históricamente la hipoacusia ha sido asociada al envejecimiento y a confusiones comunicativas que provocan más situaciones humorísticas que cualquier otra minusvalía. Es por ello, quizás, por lo que no se tiene una clara conciencia de lo que es la hipoacusia y por lo que sus afectados son los que más problemas tienen a la hora de aceptar una nueva realidad vital que les permita sentirse completamente adaptados a un grupo. Se cuenta que Beethoven, Goya o Howard Hawks ocultaban su sordera, fingían no padecer ningún tipo de problema auditivo y evitaban las situaciones sociales comprometidas que dejaran entrever que no eran “miembros plenos” de ninguno de los dos grupos. Se les describe como personajes angustiados ante una situación que no aceptaban, ya que quizás el principal problema de la hipoacusia es que sitúa a quien la padece en la misma frontera: no forma parte de la *comunidad sorda*, pero poco a poco es incapaz de mantener determinadas pautas características de la *comunidad oyente*, a pesar de que se aferre a ella, puesto que es su grupo matriz o de origen. Encontrar el porqué de esto forma parte del objetivo de este proyecto.

El factor social nos lleva directamente al factor cultural. Toda investigación etnográfica se lleva a cabo, en parte, por el placer que provocan al investigador el conocimiento y la comprensión de una cultura. Es difícil describir cómo la apertura de una cultura, inicialmente ajena, supone el acceso a nuevas parcelas que (al menos para el investigador) abren nuevos caminos hacia el conocimiento y la comprensión del ser humano. Según M. Harris: “Cultura es el conjunto aprendido de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los miembros de una sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar (es decir, su conducta)”.

Teniendo en cuenta esto, no cabe duda que la *comunidad sorda* es, sobre todo, un grupo cultural inmerso en un conjunto cultural mayor que, por su parte, aunque acepta determinadas características de los *sordos*, no comprende completamente las dimensiones de esta comunidad. Es por ello por lo que existe un factor cultural para elaborar un estudio de estas características, puesto que la ausencia de monografías asociadas a este campo dificulta aún más la difusión de los rasgos culturales de este grupo que permita su adecuada integración social.

No se pretende, en ningún caso, obviar las barreras físicas evidentes que poseen las personas aquejadas de deficiencias auditivas ni hacer de menos e ignorar las necesidades que se poseen al padecer dicha minusvalía. Siempre atendiendo a que, al poseer una discapacidad física, ciertas circunstancias deben ser interpretadas y comprendidas en este sentido y se deben proporcionar los medios adecuados a esta situación, se ha pretendido la observación y el análisis de la *comunidad sorda* como grupo cultural.

- Y entonces, si tu madre es sorda, ¿cómo hablas con ella?
- Con las manos, con el cuerpo, con los labios...
- ¿Y ella contigo?
- ¿Con la boca? Es sorda, no es muda.

Existen diferentes grados de sordera, o tipos, a pesar de que el grueso de la sociedad tiende a unificar la sordera como una única minusvalía, como un “bloque compacto” sin matices. Se denomina terminológicamente *sorda* a “aquella persona cuya audición residual imposibilita la comprensión de la palabra por vía auditiva exclusivamente, con o sin ayuda de prótesis auditivas”. Y se establece el término *hipoacusico* para “aquellas personas cuya audición residual hace difícil pero no imposible, la comprensión de la palabra por vía auditiva exclusivamente, con o sin ayuda de prótesis auditivas, teniendo formación básica del lenguaje interior”.

Según el *momento de adquisición* de la sordera se distinguen diferentes tipos:

- *Sordera prelocutiva*. Es aquella que ha sido adquirida antes de los tres años de edad, aunque en muchas ocasiones sería más correcto hacer esta clasificación atendiendo al nivel de desarrollo lingüístico alcanzado.
- *Sordera postlocutiva*. Esta denominación se utiliza para designar aquellas sorderas que se adquieren entre los tres y los cuatro años o, más concretamente, cuando ya se ha desarrollado el lenguaje.

Otro criterio para establecer tipologías es la *localización*:

- *Sordera de transmisión*, en la que la alteración de la transmisión del sonido se produce a través del oído externo y medio.
- *Sordera neurosensorial*, cuando existen lesiones en el oído interno o en la vía auditiva nerviosa.
- *Sordera mixta*, cuando existen al mismo tiempo una sordera de transmisión y otra neurosensorial.

Es trascendente destacar los distintos medios que se han puesto en manos de las personas sordas para intentar, fallidamente en la mayoría de los casos, mejorar su audición. Estos medios técnicos, que inicialmente responden a una necesidad médica y que deberían a simple vista asociarse a una cuestión puramente física, adoptan tintes culturales, se convierten en un tótem, en un símbolo distintivo que proporciona cualidades concretas en función de qué se use. Por ejemplo, los implantes cocleares están mal vistos por parte de un importante sector de personas sordas, sobre todo aquellas personas jóvenes que se sienten más identificadas con una cultura común y que ven el implante coclear como un medio de control y aniquilación de la lengua de signos. En cambio, existe otro sector que sigue considerando el implante coclear

como la esperada panacea. Estas dos posturas convierten un mecanismo técnico de uso sanitario en un icono cultural.

Volveré sobre esto más adelante, puesto que ahora considero esencial describir brevemente los dos principales *sistemas de mejora auditiva* para que, posteriormente, podamos entender el significado cultural que cada uno ha pasado a adquirir.

- El *audífono*. Se trata de un sistema amplificador de alta fidelidad. La señal eléctrica es amplificada de forma selectiva. Como el audífono recibe sonido (variaciones de presión sonora) y emite también sonido, serán necesarios dos transductores para transformar, primero, la señal acústica en señal eléctrica (micrófono) y, después, la señal eléctrica en acústica (auricular).
- El *implante coclear*. Un implante coclear realiza una excitación eléctrica de la vía acústica. El implante consta de un micrófono que recoge la señal y de un procesador externo que extrae los elementos esenciales para la inteligibilidad de la palabra. Esta información codificada se transmite a varios electrodos implantados quirúrgicamente en la cóclea, cuya función es la estimulación de distintas fibras del nervio acústico. Es necesaria una laboriosa rehabilitación para poder interpretar estos estímulos eléctricos como señal acústica. Los casos prelocutivos, en los que el aprendizaje de la inteligibilidad de la palabra deberá realizarse a través del implante, revisten mayor dificultad.

Al igual que otro tipo de disfunciones físicas, los diferentes tipos de deficiencia auditiva tienen una larga *historia*. No es nueva la existencia de problemas auditivos, tanto leves como graves, o al menos la lógica nos hace pensar que así es, pero es difícil saber qué visión se ha tenido históricamente de las personas sordas.

cliché.

(Del fr. *cliché*).

1. m. Clisé (de imprenta).
2. m. Tira de película fotográfica revelada, con imágenes negativas.
3. m. Lugar común, idea o expresión demasiado repetida o formularia.

mito.

(Del gr. *μῦθος*).

1. m. Narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico. Con frecuencia interpreta el origen del mundo o grandes acontecimientos de la humanidad.
2. m. Historia ficticia o personaje literario o artístico que condensa alguna realidad humana de significación universal.
3. m. Persona o cosa rodeada de extraordinaria estima.
4. m. Persona o cosa a las que se atribuyen cualidades o excelencias que no tienen, o bien una realidad de la que carecen.

Son dos de las grandes deficiencias de las investigaciones sociales, a la vez que son grandes recursos para hallar aquello que no está documentado. Los *clichés* nos

proporcionan habitualmente una idea equivocada en su extrema generalización, no dan lugar al particularismo ni a los matices que nos acercan a la realidad y asientan en el imaginario colectivo conceptos difíciles de erradicar. Los *mitos* actúan casi de la misma manera, aunque quizás el matiz es de magnitud. Más concretos en su forma, tienen una influencia más abstracta, menos directa, incluso más personalizada en algo que ya no es identificable y por ello influye menos en determinados aspectos sociales.

Ambos, clichés y mitos, proporcionan, sin embargo, valiosa información no documentada difícil de adquirir. Nos hablan de ideas, de hechos, de situaciones... En su esencia nos transmiten realidades pasadas, casi ajenas, presentes en un imaginario colectivo que nos queda muy lejano, pero que a la vez se hace muy presente y que explica ideas actuales de compleja interpretación.

La Historia está cargada de ellos, y de análisis de ellos, que nos llevan a saber más del pasado de lo que nos ayudan a comprender el presente, y en la *historia de la cultura sorda* existen también. No es difícil de entender. El ser humano, como ser vivo, tiene una esencia, la de la supervivencia —tanto del individuo como del grupo en el que se incluye—, en la que son fundamentales los sentidos con los que cuenta. Aquellos que no poseen todos los sentidos han sido históricamente objeto de exclusión por medio de todos los instrumentos sociales efectivos (desde el aislamiento, pasando por la mofa y llegando a la tortura o la ejecución). Pero estos clichés y estos mitos no son unidireccionales y, ni mucho menos, tienen todos el mismo tinte, y esta es quizás la parte menos manida.

La complejidad que implica desenredar la trama documental para mostrar posibles datos que nos permitan elaborar una interpretación de la *historia de las personas sordas* en España no solo radica en el hecho evidente de tener que leer entre líneas para rescatar lo que, más que protagonistas, son fantasmas, sino, además, en el tener que depurar lo real de lo imaginario, dejando a un lado los conceptos intolerantes, paternalistas o míticos —aunque luego, a la hora de darle forma, no podamos dejar a un lado nuestra propia visión—. La documentación anterior al siglo XVIII (siendo optimistas en lo relativo a las fechas) no muestra la existencia de una *cultura sorda* ni de personas sordas exentas del paternalismo o la incompreensión. En lo relativo a la documentación actual, las mayores taras encontradas no solo son el paternalismo, sino también la atención prestada únicamente a la sordera profunda, dejando de lado los diferentes tipos de sordera y lo que esta implica para las personas afectadas.

Se usa la *sordera*, al igual que otras tantas discapacidades, como recurso estilístico literario, a modo de metáfora que representa el aislamiento, la ignorancia o la soledad. Lo evidente: el encerramiento en una habitación vital ficticia, la incomunicación y la condena a una soledad que poco a poco da paso a la ignorancia. Dante Alighieri en *La divina comedia*, recurre a la *sordera* como castigo de los vanos, aquellos que están vacíos y que no les queda otra condena en el infierno que la soledad y la repre-

sentación física de aquello que hicieron ellos en vida, marginar y no escuchar. Esta es la forma habitual a través de la que está presente la *sordera* en la literatura, aunque la encontramos en otra de sus formas comunes, la burla. El sordo (usualmente el hipocúsico) es siempre ese personaje que convierte las situaciones en confusas. Representado como inocente y con pocas capacidades o dotes para la comunicación, es usado como instrumento de burla. En ocasiones el sordo es la representación del injusto, puesto que se le ruega y no atiende: “¿Quién es tan ciego como el enviado y tan sordo como el siervo de Yahveh?” (Isaías 42, 19).

La sordera y la ceguera unidas como formas de incomunicación, como representaciones de características humanas que habitualmente distancian de los demás, nos permiten intuir la significación que tenían en un hipotético imaginario colectivo pasado.

El primer educador de personas sordas fue fray Ponce de León (1508-1584). A él es quien también se asocia la primera estructuración de la lengua de signos, estructuración que consigue gracias a la observación de diferentes personas sordas a las que acoge en el monasterio de Oña (Burgos). Pero no es hasta el siglo XX cuando se producen verdaderos avances en la “educación” de los sordos a través de figuras como Juan Luis Marroquín.

¿Qué hay de particular en la historiografía asociada a los sordos? Toda ella se basa en los avances en la educación de las personas sordas, y son escasas, por no decir inexistentes, las referencias bibliográficas en las que los sordos son no solo los protagonistas sino también los autores de su propia historia. Esta historiografía siempre se centra en la educación que reciben los sordos y no en la que reciben los oyentes por parte de las personas sordas. Si las personas sordas tienen su propia estructura gramatical, aceptada a día de hoy por las instituciones académicas correspondientes, ¿por qué no se publican obras escritas en la misma destinadas a personas que tienen por instrumento de comunicación dicha estructura lingüística?, ¿por qué el Máster en Docencia e Interpretación en Lenguas de Señas de la Universidad Complutense de Madrid, donde el 90% de los alumnos son personas sordas, se imparte teniendo como base lingüística la estructura oral?

Esto hace dudar sobre la fiabilidad de las fuentes historiográficas consultadas, puesto que están creadas bajo la perspectiva de un grupo concreto, el oyente. No creo que en este caso sea de especial trascendencia transcribir los datos sobre cómo se ha prestado más atención a la aculturación de la *comunidad sorda* en España; lo que considero relevante es destacar que, a la hora de intentar conocer algo más sobre cómo han vivido las personas sordas a la largo de la historia en España, vamos a encontrar una importante variedad de biografías asociadas a educadores, lo que no esclarece nada sobre los sordos en España, salvo entender el porqué en la actualidad las generaciones que han tenido la educación y la posibilidad de sentirse realizados como individuos activos dentro de una comunidad de sentido están convirtiendo el sentimiento de otredad en un hermetismo cultural centrado en la rivalidad contra el oyente.

Pero quizás conviene esbozar quiénes son los protagonistas de esta historia, cuáles son sus circunstancias y sus pensamientos y, por supuesto, intentar entender su propia interpretación de la realidad.

EL SONIDO DEL SILENCIO

Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo.
Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, 1921.

Durante el periodo de investigación la idea que se me transmitió, tanto por parte de los miembros de la Asociación de Sordos de Madrid como por parte de diferentes miembros del profesorado y alumnado del Módulo de Grado Superior de Interpretación en Lengua de Signos, impartido en el IES Pío Baroja de Madrid, fue la de una compleja estratificación social basada en la pérdida auditiva y en el “control” de la lengua de signos.

No solo debemos distinguir entre sordos y oyentes, pues existe una variada gama de actores sociales que influyen y son esenciales para la comprensión de la *cultura sorda*.

Como si de una escala se tratase, me gustaría partir comentando la percepción sociocultural de los integrantes de la *cultura sorda* para ir desgranando, por medio de los actores sociales, la situación actual. No se trata en ningún caso de una “escala” ordenada; como he indicado al comienzo existen diferentes tipos de sordera y, por tanto, diferentes tipos de percepción y comunicación, lo que conlleva a una categorización social que responde a una lógica comunicativa histórica. El hecho de no tener acceso a la comunicación de forma “natural” y que, desde un punto de vista social, no haya habido sensibilidad hacia la lengua de signos ha dado lugar a que las personas sordas no se hayan sentido miembros plenos de ningún grupo social. Esta soledad cultural solo se ha visto rota en ocasiones por grupúsculos tales como la familia nuclear o las asociaciones de índole religiosa. Aun así, este tipo de contactos no implicaron, en la mayoría de los casos, que las personas sordas se sintiesen parte de un grupo, puesto que no se encontraban en una situación de igualdad con el resto de personas con las que se pudieran relacionar. Únicamente aquellos sordos que convivían con otros comenzaron a sentirse más “personas”.¹ Esta convivencia estaba condicionada por lo académico. Sobre todo durante el siglo xx (época de la que proceden más testimonios, ya que es a partir de este momento cuando las personas sordas comenzaron a manifestarse como entes culturales y a contar sus experiencias) aquellos padres que no sabían cómo reaccionar ante el hecho de tener un hijo sordo recurrían a internados para conseguirles una educación. No solo era una práctica llevada

¹ Expresión usada por Enmanuelle Laborit en *El grito de la gaviota*.

a cabo por padres oyentes, también fueron muchos padres sordos los que decidieron internar a sus hijos para que pudieran optar a una mejora educativa en comparación con la propia.

Estos internados basaban la educación en un punto de vista puramente oyente, los alumnos tardaban años en aprender a hablar y bastantes más en asimilar conceptos, y, en ningún caso, se hacía uso de la lengua de signos. Hoy en día este tipo de prácticas se ha abandonado, ya que se considera que incapacitan más que aportan, y se da preeminencia a un aprendizaje en lengua de signos en el que se da prioridad a las necesidades comunicativas del ser humano. Hemos de tener en cuenta que nuestro sistema comunicativo está plagado de tonos, frases hechas, conceptos sobreentendidos y “no es el hambre ni la sed, sino el amor, el odio, la piedad y la cólera los que desencadenan las primeras voces [...] Se puede alimentar sin hablar, pero para poder mover un corazón joven la naturaleza dicta acentos, gritos, halagos; estas son las palabras más antiguas inventadas...” (Rousseau, 1995). Crecer privados de la posibilidad de formular nuestros sentimientos a través de nuestros recursos y vernos obligados a usar un sistema que no tiene sentido para nosotros nos incapacita y nos limita en el conocimiento de nosotros mismos y en la comprensión de los demás.

Son, por tanto, estos grupos de personas, que han tenido la posibilidad de desarrollarse por medio de un sistema comunicativo privado (entendiendo por privado el lenguaje que se gestó y estructuró a través del contacto continuo con semejantes, no el que se intentaba proporcionar por medio de las instituciones académicas), los primeros en acceder a un sentimiento de comunidad propia, a la reafirmación de una cultura distinta, situación absolutamente distinta a la que han vivido aquellas personas que no tuvieron acceso ni contacto con otras personas sordas.

Evidentemente la educación adquirida es esencial y es lo que a largo plazo marca determinados comportamientos. En el caso de las personas sordas, la mayoría de las instituciones educativas están asociadas a la iglesia católica y, por tanto, a sus principios. Este dato, al margen de ser meramente anecdótico, es importante, si tenemos en cuenta lo ya dicho: son muchos los conceptos que han sido adquiridos por medio de la estructura lingüística oyente. Esto implica que la abstracción que pudieran requerir muchos de ellos no haya podido llevarse a cabo. Si ya de por sí la influencia de una escuela religiosa, de cualquier índole, es fuerte en un sector de población que tiene la posibilidad de poder contrastar a través de diferentes medios la información que se le proporciona, la población sorda se ha visto más influenciada por esto. Si bien es cierto que las generaciones que ya han vivido experiencias educativas mixtas y que, sobre todo, han tenido acceso a la universidad mantienen una postura que pudiera considerarse moderna (si aplicamos nuestros criterios de clasificación), dicha postura en más de una ocasión queda meramente en la teoría.

Esto lo comprobamos sobre todo a través de los roles de género. En múltiples conversaciones mantenidas con miembros de veinte a treinta años en la Federación de

Personas Sordas de la Comunidad de Madrid se observó de forma generalizada la particular visión femenina de las relaciones. Tanto hombres como mujeres confirmaron que las mujeres defienden fervientemente la virginidad, que acuden asiduamente a misa (celebrada desde hace un par de décadas en lengua de signos en comparación, por ejemplo, con ponencias o discursos de cualquier otra característica) y que creen firmemente en la existencia del cielo y del infierno, entre otras cosas. En lo relativo a su vida diaria consideran que el puesto de la mujer es el de la casa, que la reproducción es la base del matrimonio y, en cuestiones sexuales, mantienen una actitud que, desde el sector masculino, es considerada infantil y en exceso recatada. ¿Y los hombres? Los hombres mantienen en inicio una actitud sobradamente distinta, consideran que en la relación ambos deben de ser iguales y que el sexo es normal y no es necesario únicamente para la reproducción. A medida que avanzaron los contactos y las conversaciones y que pude comprobar la práctica de las relaciones, lo que se reafirmó a través de sus comportamientos fue la misma postura que en inicio se consideró únicamente femenina. Los hombres no ven bien que sus parejas queden con otras personas e igualmente, a la hora de abordar el tema de las relaciones sexuales, su postura en cualquier comentario casual deja entrever una visión “puritana” del mismo en la que cualquier práctica sexual fuera de lo habitual se comenta entre risas y se llega incluso a asociar a la prostitución.

La experiencia de poder mantener conversaciones casuales asociadas a las relaciones sentimentales y sexuales en un grupo mixto (formado por miembros de la Asociación de Sordos de Madrid y por compañeras oyentes del curso de Comunicación en Lengua de Signos) me permitió comprobar, por un lado, las dificultades comunicativas que surgen ante la confluencia de parámetros socioculturales distintos y, por otro, adquirir información que, de otra forma, no hubiera entendido, puesto que requería una explicación. Para tener una idea más gráfica relato lo ocurrido durante una cena con unas cuantas personas de la Asociación de Sordos. En la cena se pidió, entre otras cosas, pimientos de padrón y, al servirse, comenzaron las bromas. Éramos cuatro chicas oyentes y ninguna entendíamos la broma. Esta se centraba en que nos decían que comiéramos pimientos porque hacían fuego en el estómago e inmediatamente se generaban las risas. Incluso cuando nos explicaron el sentido de aquella expresión no conseguíamos entender el sentido del humor. La idea se basaba en que, como los pimientos eran picantes, la sensación de “ardor” generada era similar a la del deseo sexual. Al seguir sin comprender el motivo de la risa, nos indicaron que no nos preocupáramos, porque al ser mujeres era normal que no entiéramos determinadas bromas sexuales. Ese comentario desató la inevitable indignación por parte del sector oyente, femenino y feminista.

Al margen del conflicto que se produjo en esta escena ante la incompreensión del “otro”, me interesa hacer hincapié en la necesidad del desgranamiento de la broma, ya que me parece un claro ejemplo para entender un tipo de parámetro esencial en la *cultura sorda*: los sentidos.

Las personas oyentes crecen basando su comprensión en la audición. Las bromas y la comprensión se basa en las palabras, en los tonos, en la voz. La ausencia de esto hace que el resto de sentidos adquieran una importancia vital, todo se capta por los demás sentidos: el tacto, el gusto, la vista. Y estos se vuelven la base de la comunicación. La sensación que los pimientos picantes provocan en el estómago y la incapacidad de controlar este “picor” se asemejan al deseo sexual y por ello les dicen a las chicas que coman pimientos.

Lo mismo ocurre con la vista. La vista es el sentido básico en el que se centra la lengua de signos,² y el lenguaje corporal es su vehículo. Si en lenguaje oral las expresiones gestuales son importantes, en lengua de signos son trascendentes hasta el punto de que la expresión no verbal puede catalogar al sujeto emisor.

Uno de los puntos más importantes que se impartió en el curso de Comunicación en Lengua de Signos y en el Módulo de Grado Superior de Interpretación en Lengua de Signos giró en torno a la expresión corporal. En lengua de signos el cuerpo sustituye al tono de voz, a los gritos y a los susurros. La ironía, el humor, el sarcasmo, la tristeza, la simpatía, la antipatía, el odio... todo gira en torno a la expresión de la cara, del cuerpo, de los ojos. Parece sencillo a primera vista, pero los oyentes jugamos con una baza en contra y es que, en lenguaje oral, nos enseñan lo contrario: la exageración de los gestos tiene connotaciones negativas. Para nosotros una persona que gesticula en exceso está enviando un mensaje cargado de desconfianza. Relegamos los gestos demasiado marcados al plano de lo humorístico, puesto que de lo contrario no están bien considerados.

Entre los parámetros a tener en cuenta por parte del departamento de recursos humanos de una empresa se encuentra el analizar, durante la entrevista de trabajo, que el lenguaje no verbal del candidato sea el correcto, pero ¿qué es para un oyente lo correcto? Mirada fija, postura recta, que las manos ayuden al discurso, pero con un leve movimiento (en la zona media del cuerpo y sin rebasar en exceso el espacio), la expresión facial ni demasiado seria ni demasiado sonriente..., es decir, nos piden que nuestra expresión corporal sea neutra. Sin embargo, si la entrevista de trabajo tuviera que ser para una “empresa sorda”, ¿qué sería lo correcto? Un absoluto uso del lenguaje no verbal, con gesticulaciones y expresiones faciales que para los oyentes resultan exageradas.

Aunque el ejemplo usado sea el empresarial (al ser el más gráfico), no solo se da en este ámbito. Como oyentes, desde pequeños nos enseñan a “comportarnos” en público, a controlar nuestro cuerpo, ya que existe toda una reglamentación en torno al lenguaje no verbal que marca nuestras relaciones sociales. En un primer encuentro,

² En el caso de las personas sordas y ciegas no será la vista, sino el tacto, pero la ausencia de datos sobre los mismos y de contacto profundo con estas personas me lleva a no tratar el tema en este ensayo.

salvo en el saludo inicial, evitamos todo tipo de contacto corporal con el otro. Igualmente, si, mientras contamos una anécdota, comenzáramos a levantar las cejas, inflar los carrillos y realizar gestos con las manos, tanto por encima de nuestra cabeza como al lado del cuerpo del otro, sin dejar de cubrir el espacio que nos rodea, nos considerarían como ridículos y no sería extraño que nos tildasen de “raros”. Todo lo contrario ocurre en lengua de signos, una ausencia de gesticulación implica una necesaria catalogación negativa.

Superar esa barrera del lenguaje corporal supone a los oyentes un tremendo esfuerzo, ya que, no solo es una cuestión de timidez, sino que implica romper con toda una reglamentación implícita en nuestra propia cultura. Para nosotros la gesticulación exagerada está relegada al plano escénico, a lo fingido; por eso comenzar a tener una serie de gestos exagerados no nos resulta sincero. Por el contrario, un sordo únicamente mantiene gestos cohibidos cuando tiene que fingir ante el *mundo oyente*, por eso la ausencia de gesticulación les resulta fingida, nada sincera. Esto es un elemento de confusión constante y a veces casi insalvable en las relaciones entre sordos y oyentes.

Esto es algo que pude comprobar en nuestra segunda visita a la Asociación de Sordos de Madrid. Aunque era la segunda vez que íbamos como alumnas de un miembro de la misma, y la amabilidad seguía siendo la nota predominante, algunas personas sordas ya comenzaron a comentarnos que consideraban de “mal gusto” algunos de nuestros gestos, o más bien, nuestra ausencia de gestos. En visitas posteriores aquellas personas oyentes que no consiguieron un lenguaje no verbal considerado correcto fueron poco a poco marginadas bajo el pretexto de que no “parecían de confianza”. La defensa de este argumento giraba en torno a la defensa de la lengua de signos: si no se hace el suficiente esfuerzo para conocer y dominar el lenguaje de signos es porque quizás no te interesa como idioma, lo cual siembra dudas sobre el motivo que te ha llevado a aprender a signar.

Nos suponía, como oyentes, un gran esfuerzo comenzar a entender qué era de “mal gusto” y qué no. Íbamos conociendo poco a poco todas las palabras, pero no conseguíamos elaborar un discurso coherente ni alcanzábamos por medio de los gestos el tono adecuado que indicase alegría o enfado o humor y violábamos constantemente unas normas de cortesía que no lográbamos ver. En cambio sí éramos testigos de cómo nuestras normas de cortesía solo se tenían en cuenta en determinadas ocasiones, lo que implicó que algunos de los alumnos desarrollaran un paulatino rechazo a la *cultura sorda* y que muchas de las personas sordas con las que tratábamos habitualmente mostrasen abiertamente desconfianza hacia nosotros.

Como seres sociales, una de las primeras pautas que nos enseñan son las que rigen la cortesía. A medida que crecemos apenas somos conscientes de la importancia que esta tiene en nuestra percepción de los demás, de cómo la ausencia o el abuso de la misma nos está indicando un significado del otro. La mayoría de las personas sordas

conocen y dominan las normas de cortesía de los oyentes y en ambientes oyentes hacen uso de ellas, puesto que están obligados. Su *cultura anfitriona* es la oyente y, por tanto, saben cuáles son las pautas que marca. Pero no ocurre lo mismo en la *comunidad oyente*, al contrario, los oyentes desconocen qué se considera “buen gusto” en la *cultura sorda*, lo cual implica que en su trato se genere un constante rechazo por sentirse atacados con gestos que, aunque conocen, no comprenden.

Así ocurre con el lenguaje no verbal. Los oyentes en el trato rutinario con desconocidos (sean taquilleros, personal de ventanillas bancarias, vendedores, administrativos, policías...) mantenemos un actitud fría y distante y, sobre todo, ausente de contacto corporal. En una cultura que tiene como máxima la búsqueda del individualismo se ha afianzado un concepto corporal que va más allá de nuestro cuerpo —lo que Elías Canetti denominó, en *Masa y poder, espacio vital*— y que provoca que hasta un acercamiento excesivo en un medio de transporte nos parezca una violación de nuestro espacio. Para el sordo, por el contrario, el tacto (como parte de uno de sus sentidos activos) es esencial, y su concepto de espacio vital se reduce al mínimo. Si fuésemos por la calle y un desconocido tocara nuestra cara para preguntarnos una dirección, nos asustaría, probablemente apartaríamos su mano y pondríamos mala cara. Eso desde los ojos del *otro* no tendría sentido y se interpretaría como un ataque.

Igualmente ocurre con el esfuerzo por atender las necesidades del *otro*. Son conocidas las quejas de personas que únicamente hablan castellano y que, cuando han ido a una comunidad autónoma en donde se habla otro idioma, se han considerado “atacados” porque no han sido atendidos en castellano o no se ha hecho el suficiente esfuerzo para que pudiesen comprender la información que se les transmitía. Este ejemplo quizás nos sirva para entender uno de los motivos que nutren el paulatino rechazo de la *comunidad sorda* hacia la *comunidad oyente*. Es habitual, tanto en sordos profundos como en hipoacúsicos, que, cuando acuden a una tienda o a un organismo público³ e indican su incompreensión porque son sordos, la reacción de quien les atiende sea la de expresarse gritando. Esta es una queja constante de las personas sordas: “no oír” supone “no oír”, ni siquiera los gritos, que se consideran un gesto humillante, ya que provocan que todo el mundo que te rodea te mire. En otras ocasiones lo que se hace es escribir la información en un papel. Bien, muchas de las personas sordas no entienden la estructura oral, ni por escrito, lo que se considera también humillante porque les hace sentirse analfabetos. ¿Y cual es su reivindicación? El esfuerzo por parte de los oyentes. Los sordos consideran que todas las personas saben hacer gestos, aunque no sean los “oficiales” y valoran a los desconocidos en función

³ A pesar de que la lengua de signos está considerada como una de las lenguas oficiales del Estado y este se ha comprometido a establecer intérpretes en todos los organismos públicos, a día de hoy aún no es así. Las empresas e iniciativas privadas no se han pronunciado sobre el asunto ni han tomado medidas al respecto.

de si lo intentan o no. Uno de los miembros de la Asociación de Sordos alegaba que no comprendía que muchas personas se esforzaran en hacerle señas con su cuerpo a un extranjero que no conoce el idioma, pero, en cambio, si decías que eras sordo te gritaban o te escribían la información.

Es, por tanto, el desconocimiento de la *cultura sorda* y viceversa lo que hace que comiencen a generarse unas diferencias insalvables que quedan patentes, sobre todo, en las generaciones más jóvenes. Tuvimos la oportunidad de coincidir con grupos de personas entre 18 y 25 años que nos dejaron clara su postura ante los oyentes. No entendían nuestra presencia en un ambiente sordo y únicamente lo podían asociar al paternalismo y la conmiseración. Para ellos ser sordo era una forma de vida y, no serlo, otra, que no querían conocer y a la que no estaban dispuestos a aportar información. Estos grupos de gente joven, que se cierra herméticamente sobre sus pautas culturales a modo de defensa, son fruto de un sistema ambiguo, que les ha permitido un mayor acceso a la información, gracias, sobre todo, a los medios de comunicación a través de los cuales pueden tener contacto con personas sordas de todo el mundo, pero que les hace vivir una realidad que no responde a la teoría. Reivindican no solo una aceptación de una *cultura sorda* que, aunque inmersa en sistemas culturales mayores, sea reconocida como grupo cultural particular, sino además el establecimiento de los medios necesarios que demuestren esa aceptación por parte de la *cultura oyente*. La ausencia de estos medios y los pequeños roces diarios con los oyentes han generado un creciente sentimiento “grupal” que se expresa no solo contra las personas oyentes sino también con todos aquellos que puedan tener una relación con ellas, es decir, con las personas que son una “frontera”.

¿Son únicamente estos grupos de gente joven los que muestran su rechazo abierto hacia los oyentes y hacia aquellas personas que no dejan clara su pertenencia a uno de los dos grupos? No, la desconfianza es una característica general, pero el rechazo no solo lo muestran las personas jóvenes. De la misma forma que no solo existe un sentimiento de rechazo hacia los oyentes sino que, incluso, existen sectores que rechazan a aquellos que defienden la existencia de una *cultura sorda* o que se sienten bien por ser sordos.

Internamente hay una clara distinción entre “sordos federados”, “sordos asociados” y personas sordas que están fuera de cualquier organización. Los sordos federados son, por decirlo de alguna forma, los que están institucionalizados. Tienen un trato constante con los intérpretes y con miembros oyentes de organismos públicos, gestionan los asuntos académicos relativos a la lengua de signos e intentan establecer una organización general que rija el comportamiento de las personas sordas. Esta organización general se basa en una serie de conflictos internos en torno a la educación y a los medios de mejora de la audición.

En lo relativo a la educación, la Federación es partidaria del sistema educativo oralista. Consideran elemental que las personas afectadas por una sordera prelocutiva aprendan a hablar para poder mejorar sus relaciones con el entorno. Aunque defienden

a ultranza la lengua de signos, su sistema tiene un enfoque oyente y, desde el punto de vista de la Asociación, son los que menos presión ejercen para el establecimiento de un sistema educativo bilingüista y por el reconocimiento de la *cultura sorda*. Este punto de vista difiere de la opinión que poseen algunos intérpretes y miembros del profesorado del Módulo de Interpretación en Lengua de Signos, los cuales consideran a la Federación como una institución hermética y elitista, cuya relación con los oyentes es meramente profesional, aunque mantienen, al igual que los miembros de la Asociación, que su enfoque hacia la *cultura sorda* se basa más en el intento de adoptar premisas propias del *mundo oyente* que en el de asumir una cultura propia.

La información procedente de la propia Federación es escasa. Es complicado acceder a ella sin que sea de forma oficial. En las visitas realizadas a la misma siempre me atendió un guía y el trato recibido fue, a lo sumo, el de un intérprete que proporciona información puramente profesional.

Asimismo, la Asociación de Sordos refuerza su argumento sobre el elitismo y el alejamiento de la *cultura sorda* por parte de la Federación, haciendo hincapié en la defensa que esta mantiene sobre la colocación del implante coclear. Como indicaba brevemente al comienzo, los sistemas de ayuda a la audición se han convertido en verdaderos tótems de la *cultura sorda*. Para los defensores de la *cultura sorda* el implante coclear es un ataque a la misma y un intento de “convertirlos” en oyentes, de hacerles pasar al otro lado. Sin embargo, el audífono se lleva y se muestra con orgullo, a pesar de que en muchos de los casos su utilidad técnica es nula. El audífono es su marca, su seña de identidad, el tótem unificador. Son muchas las personas sordas que cuando indican que son sordos se señalan el audífono. Igualmente reconocen la ineficacia del mismo y en muchos casos lo llevan apagado puesto que, debido a la pérdida auditiva, muchas veces más que sonido les provoca ruido.

El hecho de que la Federación defienda el implante coclear ha suscitado críticas entre los sectores más acérrimos en la defensa de la *cultura sorda* porque lo interpretan como la muestra más clara del intento, por parte de la Federación, de que los sordos no parezcan sordos.

Desde un punto de vista científico esa pugna no tendría ningún sentido, el implante coclear es positivo en algunos tipos de pérdidas auditivas, mientras que el audífono lo es en otras, de la misma manera que algunos tipos de sordera no responden ante ningún sistema artificial de audición.

EL CAMBIO CULTURAL

Hughes no reconocía su sordera, entre otras razones porque en aquella época no era tan fácil diagnosticarla. Yo creo que sí influyó en su aislamiento, en cómo fue mermando su capacidad de comunicarse con los otros.

Martin Scorsese, director de *El aviador*.

Hasta ahora he abordado la descripción de determinados aspectos desde el punto de vista de las personas sordas profundas, prelocutivas o postlocutivas tempranas. Pero existe un grupo que considero de especial trascendencia por ser los más claros representantes y “sufridores” de lo que supone un obligatorio cambio cultural: las personas hipoacúsicas.

La hipoacusia es la paulatina pérdida auditiva. No existe tratamiento, no tiene freno y en pocos casos tiene una explicación más allá de la neurológica. Tampoco existen estadísticas fiables sobre el número de personas hipoacúsicas en España, puesto que, al dominar perfectamente el lenguaje oral y ser conocedores absolutos de la *cultura oyente*, tienden a seguir aferrados a esta y se resisten a formar parte de asociaciones o grupos de personas sordas; únicamente se suelen tomar como referencia los datos médicos y, al no ser una sordera profunda sino lo que empieza siendo una deficiencia auditiva leve, no suele englobarse en las estadísticas sobre la población sorda.⁴ Su forma de vida sigue siendo la de un oyente, pero afrontando las barreras comunicativas y sociales de una persona sorda.

¿Qué supone el cambio cultural? Nacer oyente implica una estructura cultural determinada. Todo lo que aprendemos lo hacemos a través del sistema oral, en nuestros conceptos e interpretaciones la palabra tiene un protagonismo indiscutible, aprendemos que “yo” somos nosotros mismos y que tenemos un nombre que nos identifica ante los demás, crecemos y comenzamos a entender y a usar el tono de voz como una herramienta más que se convierte en necesaria en nuestra comunicación con los otros para que una palabra pueda implicar disgusto o agrado. Lo asimilamos de tal forma que ni siquiera somos conscientes de hasta qué punto la ironía depende del tono y no de la palabra.

La hipoacusia no te priva de tu palabra, pero te priva de la palabra del otro. Tu mundo sigue representándose a través de la palabra, sigues manteniendo la capacidad y la necesidad de darle forma a tu “yo” a través de ella, pero pierdes progresivamente el mundo de aquellos que te rodean o de los que estás por conocer. La comunicación ya no depende de que tú quieras comunicarte, sino de que el otro quiera esforzarse más de lo habitual en comunicarse contigo.

Las primeras consecuencias de la hipoacusia implican negación y rechazo, tanto de ti mismo como del otro, de quien se tiene percepción o sensación de rechazo a causa de la dificultad comunicativa. Las personas hipoacúsicas no tienen una pérdida auditiva drástica: lo que comienza como pequeñas molestias a la hora de escuchar las conversaciones en entornos ruidosos termina convirtiéndose poco a poco en la incapacidad de escuchar a otra persona en un ambiente tranquilo y a escasa distancia. Esto, al margen de ser una mera complicación física, se termina convirtiendo en

⁴ Según las estadísticas del INE realizadas durante el periodo 2008-2009.

una dificultad social. Las conversaciones tienen una serie de normas implícitas, normas que cuanto más desconocida es la persona más rígidas son. Las reglas del lenguaje no son privadas, no corresponden a un solo individuo, pertenecen a la colectividad. En el momento en el que el canal de comunicación falla, estas reglas comienzan a fallar y, a medida que pasa el tiempo y la comunicación es cada vez más complicada, los propios conceptos que hemos creado a lo largo de nuestra vida se estancan y se modifican de forma distinta a los cambios que se producen en nuestra *comunidad de sentido*,⁵ conduciendo a lo que se conoce como la imposibilidad del lenguaje privado.⁶

Esto hace que, a medida que se pierde audición, se produzca un alejamiento de la cultura matriz, de la *cultura oyente*. Pequeños sucesos diarios que sufren las personas con hipoacusia, como la confusión en las conversaciones, la elevación de la voz en lugares públicos, al no poder controlar el tono, el estar constantemente interpellando al interlocutor para que repita la información, la modificación de rutinas asociadas al ocio como comenzar a requerir subtítulos para las películas o la imposibilidad de acudir a conciertos, ponencias o incluso clases, por no oír correctamente la información que se nos transmite, aumentan este alejamiento, sobre todo por el creciente sentimiento de ser cada vez más diferente a tu grupo de origen.

Asimismo, el hipoacúsico tampoco está considerado como una persona sorda ni por él mismo, puesto que se aferra a su cultura matriz de la que proceden sus estructuras culturales, ni por parte de la *cultura sorda*, que le sigue viendo como un oyente o, a lo sumo, como un oyente “desterrado”.

Una persona hipoacúsica se convierte, por tanto, en una *frontera*. El hipoacúsico se ve obligado a demostrar constantemente su calidad como miembro del grupo. Como miembro cultural, su esfuerzo se duplica para seguir siendo tratado como un oyente. Incluso llegado el punto de una pérdida auditiva prácticamente total, sus círculos sociales y sus rutinas y costumbres seguirán siendo las propias de un oyente.

De igual modo, los conceptos se desestructuran. Cuando un oyente o una persona hipoacúsica intenta mantener un discurso en lengua de signos, manifiesta el conocimiento de muchos conceptos, pero desconoce la existencia de la seña o la expresión asociada al mismo. Así ocurre, por ejemplo con la *intimidad*. Como oyentes tenemos un sentido de la intimidad muy concreto, no solo asociado al plano físico sino al espectro privado. Muchos detalles de nuestra vida personal los consideramos íntimos y son estos los que conforman en mayor medida la idea asentada en el imaginario colectivo oyente. En el caso de las personas sordas la intimidad tiene una representación plástica. Al igual que ocurre con otros conceptos, la intimidad es transmitida por la vista y

⁵ Entendiendo aquí como *comunidad de sentido* el entorno oyente.

⁶ Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 1953.

por ello se asocia al cuerpo. La parte que nosotros consideramos íntima relativa a nuestra vida privada en lengua de signos tiene una seña específica y es la de “secreto”.

Igualmente la *cortesía* se modifica radicalmente. Las personas sordas tienen unas normas de cortesía radicalmente distintas, hasta el punto de que por su ausencia o por su diferencia pueden ser interpretados como “descortesés”. En cambio, en la lengua oral no se concibe la ausencia de determinadas normas, como dar “los buenos días” o decir “gracias” y “de nada”. En lengua de signos estas palabras existen y tienen señas propias, pero están destinadas únicamente al trato con oyentes, porque entre personas sordas no se usan, y esto hace que, cuando una persona hipoacúsica en su trato con personas sordas transcribe con literalidad el comportamiento oyente a la lengua de signos, sea vista como distinta por parte de las personas sordas, ya que, aunque conoce la lengua, no conoce las normas.

Esta inadaptación a cualquiera de los dos mundos influye en la forma en que los hipoacúsicos son catalogados por parte de la *cultura sorda* que menosprecia su condición y deja constancia constantemente de su desconfianza hacia ellos. Durante el curso de Comunicación en Lengua de Signos el propio profesor e, incluso, miembros de la Asociación de Sordos comentaban que teníamos suerte de que una persona sorda de nacimiento nos enseñara la lengua de signos, puesto que íbamos a aprender más que con una persona que se hubiera quedado sorda y hubiera sido educada como un oyente. Esto, que en inicio era considerado como un simple comentario destinado a la valoración de la calidad educativa que estábamos recibiendo, comenzó a ser un comentario habitual que poco a poco tomo otro cariz. La persona que impartía clase por la mañana era hipoacúsica y, no solo se le echaba en cara que siguiese teniendo determinados comportamientos oyentes (como mantener amistades oyentes, rechazar la asistencia de intérpretes o no formar parte de ninguna asociación de sordos), sino que se hacía una valoración de sus capacidades para impartir la lengua de signos puesto que, según nos indicaron, ella tenía mentalidad de oyente y por ello no comprendía la lengua de signos.

En otra ocasión, al comentar que yo misma procedía de una familia hipoacúsica, se me instó a que los miembros hipoacúsicos de mi familia acudieran a la Asociación, argumentando que una persona sorda necesita rodearse de personas sordas, puesto que no solo le iba a proporcionar más felicidad sino que además era más “sano”. Al intentar explicarles que los miembros de mi familia no estaban interesados en acudir a la Asociación de Sordos, su respuesta, unánime, fue “que eso era porque no eran sordos”. Esta afirmación puede, como poco, sorprender, si nos centramos en un punto de vista físico, pero desde un punto de vista social y psicológico es real. No solo la profesora hipoacúsica —catalogada como “infiltrada” por estar enseñando a oyentes una lengua a la que no consideraban que tuviera acceso total— o los miembros de mi familia —que se negaban a formar parte de comunidades sordas— son los únicos ejemplos de que, desde un punto de vista social, se sigue manteniendo un comportamiento que no les identifica como “sordos”. Son muchas las personas hipoacúsicas

que son catalogadas claramente como “sordas”, por parte de la *comunidad oyente*, y como “oyentes”, por parte de la *comunidad sorda*.

No solo la hipoacusia supone una pérdida de la audición tras haber sido oyente. Existen múltiples enfermedades o situaciones que pueden implicar una pérdida auditiva gradual o radical. De todas ellas la que considero más trascendental, por la cantidad de población a la que afecta, es el tinnitus. El tinnitus es una deficiencia auditiva que —a grandes rasgos— provoca en quien la padece unos constantes pitidos agudos que impiden una correcta audición. Actualmente existe un importante porcentaje de población que padece tinnitus, debido a la contaminación acústica, a los medicamentos ototóxicos, a las nuevas tecnologías o a las enfermedades mal curadas. Si le preguntásemos a un paciente de tinnitus en qué consiste esta enfermedad, nos podría contestar que es una forma de ponerte en el lugar del otro, de ese *otro* que en este caso nos interesa. Manteniendo una conversación casual con una mujer de treinta años que padece tinnitus desde hace uno, me comentaba que no conseguía habituarse a no oír correctamente. Esto no solo le generaba inseguridad, sino que además no conseguía sentirse identificada con su grupo. No solo tenía dificultad para mantener conversaciones en grupo, sino que, además, si estas tenían lugar en sitios con música o sonidos ambientales, estos también le molestaban, ya que para ella habían pasado a ser ruido, un ruido que se sumaba a su ruido interior.

Las personas afectadas de tinnitus quizás no sienten de una forma tan radical el cambio cultural que implica una pérdida auditiva, pero igualmente experimentan, en menor grado, la inadaptación a su grupo de origen y la negación a adaptarse a un nuevo grupo del que no se sienten parte.

SER FRONTERA

Si las deficiencias auditivas en personas oyentes pueden situar a estas en una situación de “frontera”, también son otras las circunstancias que hacen que determinadas personas se conviertan en elementos culturales fronterizos. Este es el caso de los intérpretes o de los hijos de matrimonios sordos.

El intérprete tiene la llave de la intimidad colectiva: no solo conoce el lenguaje de signos, sino que además es el intermediario entre el *mundo oyente* y el *mundo sordo*. Esto le hace ser objeto de constantes susceptibilidades por parte de ambas comunidades. En primer lugar, para las personas sordas “ser intérprete no es una profesión” o, al menos, “nunca está bien ejercida”. Una de las enseñanzas del Módulo de Grado Superior de Interpretación en Lengua de Signos es aprender a soportar las críticas y a mantener una actitud distanciada y fría. Según el propio profesorado, las personas sordas no aceptan nunca una interpretación como válida, porque consideran que el intérprete, al ser oyente, no domina a la perfección la lengua de signos, que les oculta información y que no les dice todo lo que sabe. Además y, por otro lado, intentan

hacer uso del intermediario para sus propios fines personales alejados de una posible interpretación (como es el hecho de estar interpretando en un aula y que la alumna intente evadir la clase).

Esta visión del intérprete está asociada a la desconfianza que se tiene hacia el *mundo oyente* y a la reacción natural de un grupo ante la imposibilidad de comunicarse con otro y depender de una persona asociada, inicialmente, a ese mismo grupo. El intérprete conoce ambas lenguas y domina la información, lo que le coloca en una posición privilegiada para manipularla.

El intérprete en lengua de signos no solo recibe críticas por parte del *mundo sordo*, sino que el *mundo oyente* no le considera un profesional como tal. Al contrario de lo que pueda ocurrir con un intérprete de cualquier otro idioma (inglés, francés...), el trato que se le presta al intérprete de lengua de signos es similar al que se le da a un voluntario de una ONG y no a un profesional de una disciplina lingüística. Cuando indicas que eres intérprete en lengua de signos española, la respuesta por parte de los oyentes suele tender hacia el paternalismo, las anécdotas con personas sordas o incluso felicitaciones por dedicarte a algo “altruista”, sin que en ningún caso exista un interés profesional al respecto.

Como ya indicaba al comienzo, el desconocimiento de la sociedad española respecto a la *cultura sorda* es aún de gran magnitud y se encuentra cargado de mitos y clichés, lo que produce que no solo a los intérpretes en lengua de signos se les trate como voluntarios en lugar de profesionales, sino que los hijos de personas sordas también se vean en muchas ocasiones obligados a explicar las circunstancias de las personas sordas.

Entre los hijos de personas sordas existen dos situaciones que van a generar dos visiones muy concretas: hijos de sordos hipoacúsicos, bien sea solo la madre, solo el padre o ambos, y, lo mismo, en el caso de hijos de sordos profundos.

Normalmente los hijos oyentes de sordos hipoacúsicos tienen un apego más fuerte hacia el *mundo oyente*. Al ser criados en un ambiente predominantemente oyente —puesto que, cómo indicábamos antes, las personas hipoacúsicas tienden a mantener en la medida de lo posible su relación con el *mundo oyente*—, su estructura cultural es oyente. Aunque conocen la lengua de signos, la consideran su lengua secundaria y tienen como lengua matriz el lenguaje oral. Sus conceptos se estructuran a partir de ella y, por tanto, sus interpretaciones de la realidad se basan en el punto de vista *oyente*. La audiometría pasa a ser un trámite obligado y la que marca a qué grupo vas a pertenecer, es un rito de paso.

Por el contrario, los hijos oyentes de sordos profundos sienten tal apego por la *cultura sorda* que se consideran a sí mismos como Deaf sordos. En EE UU ha sido creada una asociación denominada CODA (*Childs of Deaf Adults*) por hijos de personas sordas (normalmente sordas profundas prelocutivas) que sienten su plena pertenencia a la

comunidad sorda y consideran la lengua de signos como su lengua matriz, puesto que es la que aprenden durante la primera infancia. Cuando estos niños se ven obligados a salir del entorno familiar para ir al colegio, sufren su primer choque cultural. Aunque acostumbrados a vivir en un mundo oyente, el entorno en el que crecen es *sordo*. Es por ello que cuando comienza su etapa académica tienden a rebelarse contra el *mundo oyente*, puesto que sienten como una violación de su “yo” que les enseñen y les obliguen a hacer uso de la lengua oral. La mayoría de ellos, aunque conocen a la perfección la lengua oral, cuando crecen hacen uso de la lengua de signos siempre que les es posible, incluso, si pueden, la trasladan no solo a su entorno personal sino también al laboral e íntimo.

EL OTRO LADO

Hasta ahora he intentado desengranar las relaciones entre sordos y oyentes aportando un esbozo a través de los diferentes actores sociales. Todos por ahora, excepto los oyentes, cuyo trato con los sordos es limitado (afirmación basada no solo en una visión personal asentada, sino también en la información recabada durante los primeros contactos con la *cultura sorda*).

Al comenzar el curso de Comunicación en Lengua de Signos, aunque algunos de los alumnos teníamos experiencias de una u otra forma con personas sordas, había también alumnos que no habían tenido un contacto continuado con la *cultura sorda*. La reacción inicial fue la misma, puesto que todos los que allí estábamos teníamos un mismo fin, aprender la lengua de signos. El estudiar aquello por lo que teníamos un especial interés nos hacía más vulnerables y, por tanto, más volubles a la hora de adoptar una postura que podría considerarse de “xenofilia” hacia la *cultura sorda*.

Esta xenofilia no solo estaba marcada por una repentina pasión emergente hacia la *cultura sorda*, sino también por cierto paternalismo taimado encaminado a la constante justificación de algunas situaciones que pudieran darse cuando comenzamos a tener contacto con personas sordas e, incluso, a la mala interpretación de la propia *cultura sorda*. Al presentarnos ante una nueva comunidad de sentido con unos criterios basados en la constante justificación de por qué no piensan igual que nosotros, no escuchábamos la información que poco a poco nos estaba transmitiendo una cultura.

Gran parte del alumnado pasó de esta xenofilia al lado opuesto. La reacción ante la comprobación de que los parámetros culturales de un conjunto de personas que considerabas semejantes (a efectos culturales) son opuestos en muchos sentidos te lleva al rechazo y, en pocas ocasiones, a la reflexión sobre que los principios ajenos conforman una base cultural determinada. Esto, en lugar de mejorar la comprensión del otro, desata los clichés y los prejuicios.

Cómo se llega a esto, a pasar de la fascinación al rechazo, solo puede entenderse a través del choque cultural. Muchos de los alumnos se sentían agredidos desde un punto

de vista cultural, entendían que se estaba atacando sus principios y que la tolerancia hacia el otro, que habían intentado desarrollar a través de actitudes paternalistas, no se había visto correspondida. Por su parte, las personas sordas interpretaron el exceso de amabilidad del alumnado oyente como una actitud artificial de la que se presuponía cierta superioridad moral. Esta desconfianza inicial degeneró en una abierta antipatía y en el consecuente hermetismo cultural por parte de unos y de otros. La ausencia de un idioma común y la incomprensión del mismo hicieron que los propios prejuicios y miedos de cada una de las partes dieran lugar al rechazo de la realidad ajena.

EL DISTANCIAMIENTO

Es característico de los investigadores que retornan, mientras van dando traspiés por su propia Cultura con la torpeza de los astronautas recién llegados del espacio, sentirse incondicionalmente agradecidos de ser occidentales, de vivir en una cultura que de repente parece muy valiosa y vulnerable.

Nigel Barney, *El antropólogo inocente*, 1989.

Tras pasar algo más de un año manteniendo un constante contacto con la *esfera cultural sorda*, yo misma pasé por ese rechazo. En mi día a día, desde por la mañana hasta por la noche, mis actividades académicas se centraron en el estudio de la interpretación de la lengua de signos, en un contacto constante con intérpretes en lengua de signos; por las tardes en el curso de Comunicación en Lengua de Signos me rodeaba tanto de personas sordas como de personas oyentes que reaccionaban paulatinamente a una nueva situación social; y el tiempo de ocio lo dedicaba a ir a la Asociación de Sordos de Madrid... o de vacaciones con mi familia, hipoacúsica.

La modificación de esta rutina, el fin de todo ello, no fue algo premeditado. Comencé no solo a desear sino a necesitar contacto con mi cultura, con aquello que, por mucho que a uno le apasione la antropología, siente como propio. Pero fue el desarrollo normal de este tipo de experiencias lo que puso cierta distancia, distancia que agradecí, puesto que me tomé un respiro y me permitió reflexionar sobre ello.

Mientras estás inmersa en esa rutina, las constantes experiencias y la necesidad de asimilar toda la información recibida no permiten una reflexión clara, ordenada. Cada día las ideas cambiaban, se modificaban. Cada vez generaba más dudas sobre qué estaba bien y qué no, como si las culturas pudieran catalogarse de una u otra forma. A pesar de tener la formación, es probable que me faltase la experiencia del trabajo de campo intensivo, un trabajo de campo que no busqué y que solo tiempo después decidí que lo era. La experiencia de verte inmerso en una cultura ajena produce la necesidad de un distanciamiento.

Me gustaría que hubiese unas conclusiones, pero, salvo lo ya dicho en páginas anteriores, no me veo autorizada a obtener una conclusión en firme. Existen actualmente una serie de circunstancias, de un determinado grupo, en un determinado país,

en una determinada ciudad, en unas determinadas asociaciones. Pero existen muchas personas sordas, federadas, no federadas, asociadas, hipoacúsicas, personas oyentes que se sienten sordas y viceversa..., la variedad es amplia y los rápidos cambios que tanto la ciencia como los medios de comunicación están provocando en este campo hace que me plantee que probablemente toda la información que se me ha proporcionado durante un año cambie y pase a ser historia. Solo espero poder encontrarme con una *historia de la comunidad sorda* en donde ya sea tratada como grupo cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- ALIGHIERI, Dante (2000). *La divina comedia* [en línea]. LibrosEnRed. [Consulta: 7 julio 2010]. <<http://www.librosenred.com/libros/ladivinacomedia.html>>.
- BARNEY, Nigel (1989). *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*. Barcelona: Anagrama.
- BURAD, Viviana (2008). *De sordos y oyentes con humor: O de cómo interpretar el humor del sordo y el humor del oyente sin morir en el intento* [en línea]. [Consulta: 1 octubre 2010]. <http://www.cultura-sorda.eu/resources/Burad_Humor_sordo_2008.pdf>.
- (2009). “Keith Wann. Ser o no ser...” [en línea]. [Consulta: 7 julio 2010]. <http://www.cultura-sorda.eu/resources/Burad_Keith_Wann_Ser_o_no_Ser_2009.pdf>.
- DOMÍNGUEZ MÚJICA, María Eugenia (2003). “Pide permiso, maleducado. Sobre una diferencia de cortesía entre sordos y oyentes venezolanos”. *Educere* 21: 19-25.
- FOUCAULT, Michel (1998). *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. París: Gallimard.
- GASCÓN RICAÑO, Antonio, y José Gabriel STORCH DE GRACIA Y ASENSIO (2004). *Historia de la educación de los sordos en España y su influencia en Europa y América*. Madrid: Ramón Areces.
- HOFSTEDE, Geert (2001). *Culture's consequences: comparing values, behaviors, institutions and organizations across nations* [en línea]. [Consulta: 7 julio 2010] <<http://www.geert-hofstede.nl/our-books.aspx>>.
- LABORIT, Enmanuelle (1995). *El grito de la Gaviota*. Barcelona: Seix Barral.
- Ley 27/2007, de 23 de octubre, por la que se reconocen las lenguas de signos españolas y se regulan los medios de apoyo a la comunicación oral de las personas sordas, con discapacidad auditiva y sordociegas*. BOE 255: 43 251 – 43 259.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1995). *Essai sur l'origine des langues où il est parlé de la mélodie et de l'imitation musicale. Œuvres complètes*. Vol. 5. París: Gallimard.
- STORCH DE GRACIA Y ASENSIO, José Gabriel. *Comunidad, identidad y derechos humanos y lingüísticos: una visión desde la filosofía del lenguaje* [en línea]. [Consulta: 1 octubre 2010]. <<http://www.ucm.es/info/civil/herpan/docs/identidad.pdf>>.
- (coord.) (2005). *Estatuto jurídico de la lengua de señas en el Derecho español. Aproximaciones*. Madrid: Ramón Areces.
- VELASCO MAILLO, Honorio M. (2003). *Hablar y pensar, tareas culturales. Temas de antropología lingüística y antropología cognitiva*. Madrid: UNED.